

PREMIO ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ DE BIOGRAFÍAS 2022

Francisco Fuster

**JULIO CAMBA**  
**Una lección de periodismo**

Obra galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2022  
convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 5 de abril de 2022:  
Bernardo Bueno, Antonio Cáceres, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia,  
Alberto González Troyano, Joaquín Pérez Azaústre y Nativel Preciado

**Fundación | Cajasol**

Primera edición: septiembre, 2022

© Francisco Fuster, 2022

© Fundación José Manuel Lara, 2022

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño y maquetación: Manuel Rosal

Imagen de cubierta: Retrato de Julio Camba (foto de José Díaz Casariego, Archivo de ABC)

Imágenes de interiores: Archivo de ABC, Archivo de *El País*, Archivo de *La Vanguardia*, Hemeroteca  
de la Biblioteca Nacional de España, Hemeroteca de la Real Academia Galega, Galiciana – Biblioteca  
Dixital de Galicia, Archivo Rubén Darío – Universidad Complutense de Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la  
ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1276-2022

ISBN: 978-84-19132-02-4

Printed in Spain - Impreso en España

## ÍNDICE

El secreto .....	13
1. De Galicia a la Argentina [1884-1903].....	17
2. A la conquista de Madrid [1903-1907].....	33
3. Yo, corresponsal [1907-1912].....	55
4. Vísperas y Gran Guerra [1912-1917].....	75
5. De Portugal al Perú [1917-1925].....	91
6. Los frutos de la madurez [1926-1931].....	107
7. República, guerra y posguerra [1931-1948].....	125
8. Los años del Palace [1949-1962].....	153
Bibliografía citada.....	169
Índice onomástico .....	175



*A la memoria de mi colega, compañero y amigo,  
Óscar Gual (1973-2022)*



No soy una guarnición, ni un postre. Yo soy el plato principal. No escribo «glosas ingeniosas». *Yo pinto el retrato de esta época.* Ese debería ser el trabajo de cualquier gran periódico. Yo soy un periodista, no un reportero; soy un autor, no un editorialista.

JOSEPH ROTH  
Carta a Benno Reifenberg,  
22 de abril de 1926



## EL SECRETO

Las razones por las que la obra de Julio Camba no ocupa el lugar que merece en la historia de la literatura española son fáciles de enumerar, pero muy difíciles de subsanar. La primera es que la crítica suele organizar a los autores de la llamada «Edad de plata» (1900-1936) en torno a tres conocidas generaciones: la del 98, la del 14 y la del 27. Los escritores que, por diferentes motivos, quedan fuera de esa clasificación, parten, de entrada, con una desventaja. Si a eso unimos que algunos de ellos no cultivaron los grandes géneros –novela, teatro y poesía– que conforman el canon, lo normal es que sus nombres hayan ingresado en un purgatorio del que, salvo honrosas excepciones, resulta casi imposible redimirse.

En este sentido, César González-Ruano ya explicó que la hoja de periódico es, siempre, un arma de doble filo. Posee una enorme ventaja con respecto al libro, si solo pensamos en el corto plazo, pero adolece de un gran inconveniente asociado, precisamente, a su naturaleza efímera: «Contribuyen, mejor que tal vez ningún otro género, los artículos a divulgar el nombre del escritor y sirven, cuando éste tiene ya ese nombre adquirido y a condición de ser un trabajador metódico y constante, para vivir mejor y con más seguridad que el libro, pero llevan en el tuétano de su sistema una rara maldición que se cumple a la larga: el olvido que alcanza hasta al propio y más celebrado cronista, si éste no deja, por otro lado, una labor literaria en volúmenes» (1954: 5).

Teniendo en cuenta que apenas reunió en forma de libro una cuarta parte de su producción periodística, nos encontramos,

pues, con otro problema, al que podemos añadir la mala suerte que tuvo con las editoriales que eligió. Así como el éxito de Azorín o Josep Pla no se entiende sin la labor de hemeroteca realizada por Ángel Cruz Rueda o Josep Vergés, editores de sus respectivas «Obras completas», la postergación de Camba se comprende, fácilmente, al ver el pésimo criterio con que se publicaron la mayor parte de sus trabajos. Desde la mala calidad del papel con que fueron editados, hasta la discutible selección de los textos antologados, pasando por lo desafortunado de la mayoría de los títulos. Más que por sus libros, nuestro protagonista es conocido a pesar de estos, pues todo confluía en ellos para que, una vez leídos, fuesen rápidamente olvidados.

También juega en contra el celo que puso en no desvelar ningún aspecto de su intimidad, así como el nulo interés que mostró por perpetuar su obra. No existe un archivo personal suyo, porque él mismo se encargó de que no existiera: no hay manuscritos, cartas, contratos con editores, ni nada relacionado con su vida profesional. Llama la atención, igualmente, que alguien que escribió desde epicentros de la modernidad como París, Londres, Berlín o Nueva York, no haya dejado un rastro más visible en los archivos de los periódicos para los que trabajó, aunque su caso no sea el único. Como denunció en su momento Augusto Assía, esta ausencia de datos evidencia la falta de interés que la figura del corresponsal ha despertado en nuestro país: «la indiferencia que las empresas muestran con respecto a la experiencia, los conocimientos y los contactos que sus corresponsales hayan podido adquirir en el extranjero va perfectamente con la corriente nacional y es otra manifestación del despegue de lo español por cuanto viene del extranjero y en cierto modo una reconfortante prueba de tibetanismo» (1966: 370).

Ocurre, asimismo, con Camba, lo que suele suceder con quienes destacan por algún motivo: que allí donde el reconocimiento debería ser más unánime es, justamente, donde generan mayor división de opiniones. No digo que no sea profeta en su tierra porque, si en algún lugar se le ha querido y se le quiere, es en Galicia. Lo que pongo de manifiesto es que, al haber sido un escritor nómada, que pasó buena parte de su vida viajando, no sintió hacia su pequeña patria ese amor incondicional que sí profesaron quienes, por haber vivido más tiempo en ella, hicieron del apego al terruño una bandera. Desde esta perspectiva, se entiende que ese distanciamiento y –¿por qué no decirlo?– el hecho de haber escrito toda su obra en castellano, choquen con algún sector minoritario de la sociedad gallega.

*Last but not least*, quien ojee los actuales planes de estudio de las universidades españolas puede comprobar que, normalmente, en estos se tiende a privilegiar la formación de los periodistas en cuestiones más relacionadas con el formato digital, que con el analógico; más con el contenido audiovisual, que con el escrito. Sin que de una cosa se derive, necesariamente, la otra, presumo que esta mirada hacia el futuro del oficio, comprensible en un mundo globalizado e informatizado, impide el aprendizaje de su pasado, por lo que muchos graduados en Periodismo obtienen el título sin conocer –o conociendo muy superficialmente– la original aportación cambiana a la historia de la prensa española.

¿Por qué, a pesar de todo, se le sigue leyendo con tanto interés? Quizá porque, más allá de los gustos personales, todos coincidimos en que se trata de un autor distinto a los demás. Nos cuesta definir qué es eso que le hace diferente, pero reconocemos que sus artículos tienen algo especial. ¿Cuál fue el secreto de su éxito como periodista? Una vez se lo preguntaron

y no lo quiso revelar, argumentando que, si lo hacía, dejaba de ser un secreto: «El secreto no está en meter toda la antigüedad clásica en una columna o columna y media de periódico; como tampoco está en hacer una especie de almacén de bellezas naturales a la manera de Suiza. ¿No ve usted que el catálogo del *British Museum* sería, con ese criterio, el libro más admirable del mundo? No, amigo y compañero. El secreto no es ése. El secreto es un secreto» (Camba, 1970: 83).

## 1. DE GALICIA A LA ARGENTINA [1884-1903]

Según su certificado de nacimiento, Julio Camba Andreu viene al mundo el 16 de diciembre de 1884, en la casa solariega de la familia, sita en la localidad pontevedresa de Vilanova de Arousa, perteneciente al partido judicial de Cambados. Muy cerca –apenas a doscientos metros– de donde, dieciocho años antes, lo había hecho Ramón del Valle-Inclán. Es bautizado dos días después, en la Iglesia de Santa María de Caleiro, dependiente del arzobispado de Santiago de Compostela. Su padre, Manuel Camba Bóveda, es médico, natural del barrio vilanovés de Caleiro, casado desde 1880 con Juana Andreu Temes, domiciliada en la parroquia de Santa María la Mayor, de Pontevedra. Nace, pues, en el mismo lugar en el que, dos años antes, lo había hecho su hermano mayor, Francisco Camba.

De origen valenciano, como atestigua el apellido Andreu, su familia materna se había establecido en Pontevedra al acabar la Guerra de la Independencia. Por su parte, los Camba integraban la clase media de Vilanova, aunque, dentro de esa mesocracia, poseían –o eso pretendían aparentar– cierto linaje o abolengo, como prueba el hecho de que la casa familiar luciera un blasón en la fachada principal. Pese a que el abuelo, Francisco Camba Grande, había sido un perito agrimensor de reconocido prestigio en el pueblo, su hijo menor, Manuel Camba, no quiso seguir sus pasos, por lo que prefirió dedicarse a la medicina y ejercer como practicante en un dispensario, instalado en la planta baja del edificio. Ambos, abuelo y padre, sintieron cierta atracción por la vida pública y participaron de la política local vilanovesa.